

Ciruela

Pablo De Santis

Ilustraciones de Rodrigo Folgueira

loqueleo

El examen

Uno de los últimos días del verano, Ciruela Pons, una niña de nueve años, bajó del tren en la estación El zorzal. La acompañaban sus padres.

Apenas dejaron la estación, comenzaron a caminar hacia el Colegio Gong, donde Ciruela tendría que dar un examen de ingreso. Como suele ocurrir en estos casos, los padres estaban más nerviosos que la niña.

—Debe ser un examen terriblemente difícil —murmuraba el padre—. Ya podemos darnos por derrotados.

—¡Silencio! —lo retó su esposa—. ¿No ves que la ponés nerviosa?

Pero Ciruela no parecía nerviosa en absoluto.

Llegaron a un portón de reja. En lo alto, en letras de hierro, se leía: Colegio Gong. No se veía a ningún portero cerca. El señor Pons probó con el picaporte

y la puerta cedió. Cuando entraron en el terreno del colegio, empezó a llover.

—Te dije que teníamos que traer paraguas —dijo la señora Pons.

—Sabés que nunca uso paraguas —respondió, con algo de orgullo, su marido.

8 —Vamos a llegar empapados y esta chica se va a enfermar.

A Ciruela no le molestaba la lluvia. Cuando llovía, pensaba mejor. A medida que el cielo se llenaba de nubes negras, su cabeza se despejaba.

El jardín del colegio era muy grande y los árboles altos les impedían ver el edificio. Como era sábado, el lugar estaba desierto. Pasaron junto a álamos de hojas plateadas y limoneros de tronco retorcido y rodearon una fuente que mostraba, bajo el agua, libros de mármol. Pájaros despavoridos cruzaban el cielo, en busca de un país donde no hubiera tormenta.

Ciruela caminaba más rápido que sus padres, pero en un momento se detuvo porque encontró, al pie de un ombú, entre las raíces, un avión de papel. Las grandes hojas del árbol lo habían protegido de la lluvia. Estaba hecho con una hoja de cuaderno. Lo levantó y lo guardó en el bolsillo de su abrigo.

La lluvia se hizo más intensa y se refugiaron en una glorieta. Había que subir cinco escalones para llegar a la plataforma. Ocho columnas de metal sostenían el techo.

—¿Esperamos un poco más que pase la tormenta?
—preguntó el padre, después de diez minutos. No parecía que la lluvia fuera a amainar. Golpeaba con fuerza contra el techo de la glorieta.

9

—Vamos a llegar tarde a la cita —dijo su esposa—. Además, estoy temblando.

Mientras tanto, Ciruela se había trepado a uno de los postes que sostenían el techo.

—Ahí veo el edificio —dijo—. Estamos cerca.

Los tres echaron a correr por los senderos de polvo de ladrillo, hasta llegar al edificio principal del colegio, de tres pisos, con ventanas pintadas de verde y techo de pizarra gris. Antes de que golpearan, la puerta se abrió.

Frente a ellos, un hombre muy alto y muy viejo.

—Debe tener por lo menos cien años —le dijo Ciruela a su madre, en voz baja. Recibió un leve codazo.

El hombre se apoyaba en un bastón. Vestía un traje negro tan viejo como él. El bolsillo lucía el escudo del colegio, con una gran G dorada.



—Bienvenidos al Colegio Gong —dijo el hombre, inclinando la cabeza.

—Venimos por el examen —explicó el señor Pons, feliz de tener un techo sobre su cabeza.

Se secaron los zapatos en un felpudo y colgaron sus abrigos empapados de unos ganchos de bronce. El hombre tomó el abrigo de Ciruela para colgarlo él mismo.

11

—Pero... ¿qué tiene en el bolsillo?

El hombre alto y viejo sacó el avión de papel que Ciruela había encontrado en el jardín. En sus renglones había algunas palabras, un poco desteñidas por la lluvia.

—Le juro que no es un machete para el examen. Acabo de encontrarlo.

El hombre alto y viejo tomó el papel con la punta de sus largos dedos y lo miró durante un instante, como si aquel hallazgo fuera muy importante.

—¿Por qué lo guardó en el bolsillo? —preguntó con tono severo.

—Siempre junto cosas que encuentro en la calle. Tengo una caja de zapatos en la que guardo un rey de espadas, la cabeza de una muñeca, una bolita de vidrio y una llave oxidada.

—Y ahora este avión, que aterrizará en su caja de tesoros —dijo el hombre viejo y alto, devolviendo el avioncito al bolsillo del abrigo. Con un ademán, les indicó que lo siguieran. Atravesaron salas y salones sombríos, hasta llegar a una habitación donde había una gran mesa redonda, con una única silla. Sobre la mesa, un montón de papeles y un portaplápiz, hecho con una lata de duraznos en almíbar, en el que convivían biromes y lápices negros bien afilados. Junto a la lata, una goma de borrar azul y rosa, de tamaño gigante.

—¿Y los otros niños? —preguntó la señora Pons.

—¿Qué otros niños? —preguntó el hombre alto y viejo.

—Los que darán el examen.

—Solo tengo un nombre anotado: Ciruela Pons. Ciruela levantó la mano:

—Soy yo.

—Entonces, empiece a trabajar. No hay tiempo que perder.

El hombre tomó una pila de hojas y la puso frente a Ciruela.

—¿Todo eso es el examen? —preguntó preocupado el señor Pons.

—Ustedes, señores padres, pueden esperar afuera —respondió el hombre, señalando la puerta con su bastón. El hombre salió también y cerró.

Ciruela quedó sola frente a su examen.

El señor y la señora Pons se sentaron en un largo sillón de cuero verde. En una mesa ratona había unas revistas viejas que contaban la vida de gente famosa: personas que se enamoraban, se peleaban, se iban de viaje en barco o hacían fiestas para mil invitados.

13

—Nunca vi un bastón tan raro como el que tiene ese hombre —dijo el señor Pons.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó su esposa.

—La empuñadura es una esfera forrada en cuero. Más que bastón parece un instrumento para golpear...

La señora Pons no estaba interesada en el bastón. Espiaba por el ojo de la cerradura.

—¡No hagas eso! Van a pensar que somos curiosos e impacientes —dijo el señor Pons.

Pero apenas su esposa dejó de espiar, él puso el ojo en la cerradura. No se veía casi nada, apenas la mano de Ciruela, que escribía a toda velocidad.

—Está escribiendo sin parar.

—Que escriba no significa que sepa las respuestas. Soy su madre y la conozco bien: lo que no sabe, lo inventa. Nunca deja espacios en blanco.

Al final se quedaron dormidos, la cabeza de la señora Pons sobre el hombro de su esposo. Cuando abrieron los ojos, era de noche.

14 Los había despertado la voz de Ciruela:

—Terminé.

—¿Era difícil?

—Era largo, muy largo.

—¿Pusiste tu nombre en cada hoja?

Ciruela asintió, mientras bostezaba. No había señales del hombre muy alto y muy viejo, así que emprendieron el regreso. La tormenta había pasado. De noche y sin lluvia, el jardín lucía distinto: los faroles derramaban una luz amarilla, las luciérnagas se hacían señales a lo lejos, el ruido del agua de las fuentes acompañaba el concierto de los grillos.

Apenas se sentó en la butaca del tren, Ciruela se quedó dormida.